

Juan Pablo II llega a Nicaragua

1. Antes del viaje del Papa

Desde que el 6 de febrero la Junta de Gobierno de Nicaragua anunció oficialmente que el Papa vendría al país, se crearon comités nacionales y departamentales para garantizar, tanto la seguridad y correcta acogida del Papa como la misma movilización popular, especialmente para los actos masivos del programa: celebración de la Palabra en León y misa campal en Managua. Antes de que estos comités comenzaran a funcionar, y a partir de mitad de diciembre de 1982, se habían dado enfrentamientos entre el arzobispo de Managua y representantes de la curia arzobispal con miembros del gobierno sobre el viaje, que desde un principio comenzó a ser polémico. Eran enfrentamientos a distintos niveles—declaraciones públicas o reuniones preparatorias del clero— que no ponían en cuestión la importancia del viaje ni la calidad espiritual del viajero, sino que se centraban fundamentalmente en la organización de los actos, en detalles de protocolo, en preeminencias de algunas personalidades, en formas de movilización, etc. Después del anuncio oficial, nunca desaparecieron totalmente estas discusiones, pero a medida que se aproximaban las fechas de la llegada del Papa, sí se fue consiguiendo, por las mismas condiciones infraestructurales del país, una amplia unificación de criterios. Los problemas ideológicos que había, propios de una situación conflictiva como la que se vive en Nicaragua, pasaron en las últimas semanas a ser problemas prácticos que había que resolver unidos para que el viaje resultara bien, tanto como acto de dimensiones pastorales y religiosas y como acontecimiento de unidad nacional. En este empeño se concentraron esfuerzos humanos y materiales de todo tipo por parte del gobierno y de la Iglesia, tanto de la comprometida con el proceso revolucionario como de la que se opone a él.

Se puede afirmar que el pueblo de Nicaragua, en su inmensa mayoría, se preparó mucho para esta visita. A nadie escapó la trascendencia del visitante. Las comunidades eclesiales de base y los organismos de masa revolucionarios, a la par que otros grupos confesionales o no, muy amplios y menos fáciles de clasificar, dedicaron mucho tiempo y muchas energías en prepararse para recibir al Papa. El grupo "Católicos de Ni-

caragua" publicó 4 folletos populares para contribuir con material escrito, pedagógicamente orientado, a que los fieles tomaron parte activa en la preparación. Casi un millón de estos folletos circularon por todo el país y llegaron prácticamente a todo el pueblo. Fueron reproducidos también por grupos católicos de Costa Rica, Panamá y El Salvador, con gran aceptación. La preparación popular se expresó de muchas maneras: gran número de comunidades cristianas escribieron cartas colectivas al Papa en las que concretaban sus expectativas sobre el viaje, se idearon consignas, cantos, mantas de salud. La prensa escrita y los medios radiales—de todas las tendencias— contribuyeron a crear, tanto con información como con propaganda, un gran clima de expectación. En los medios que apoyan el proceso esta expectación se resumiría así: el Papa nos ayudará a conseguir la paz y denunciará las amenazas de agresión norteamericanas. En los medios opositores se insistía mucho en el carácter religioso del viaje y la expectación era más vaga: el Papa viene a bendecirnos. Resumiendo más aún: las expectativas de los cristianos comprometidos con el proceso revolucionario se podrían concretar en estas dos frases; "Bienvenido a Nicaragua libre, gracias a Dios y a la revolución" y "Entre cristianismo y revolución no hay contradicción"; mientras que las de los cristianos opositores al proceso eran más genéricas: "Estoy feliz, viene el Papa" o "Juan Pablo Segundo, Nicaragua te espera". Estos medios hacían mucho énfasis en que era la Nicaragua católica la que esperaba y debía recibir al Papa. Hay que anotar que aunque ya el 13% de la población de Nicaragua es evangélica no hubo problemas de tipo ecuménico e igualmente, decir que no se comercializó con la figura del Papa.

Dado el clima de expectación nacional y la real polarización de tendencias en la Iglesia, acentuada a lo largo del último año, el gobierno, desde sus más altas esferas, trazó claros lineamientos para enfocar correctamente, tanto la preparación como los actos mismos de la visita en todos sus detalles. Evidentemente, no podía el gobierno "abandonar" este asunto en las solas manos de los obispos, dada la complejidad de los dispositivos de seguridad y de los esfuerzos de infraestructura que eran necesarios para responder a las eventualidades de un viaje así. Respecto

a las líneas ideológicas, la preparación remota e inmediata se llevó adelante, por parte del gobierno, con una política de gran respeto a la figura del pontífice y de abierta hospitalidad nacional. Los medios de comunicación, desde un mes antes, reflejan a cabalidad, para cualquier lector, esta línea de tratamiento de la noticia. Igualmente, a nivel de organismos de masa, encargados de preparar y movilizar a las bases, se trazó la clara orientación de que a todo el que quisiera ir debían facilitárseles los medios para desplazarse. A los no creyentes se les orientó para que asistieran a los actos, dada la responsabilidad nacional de acoger a un tan grande personaje. Puede decirse, en este sentido, que mayoritariamente el pueblo de Nicaragua deseaba ver al Papa. Igualmente, que esperaba mucho de él. Y si hubiera que buscar alguna expresión en la que se reflejara la difícil unidad que la anunciada visita del Papa estaba logrando, era en este deseo: "Queremos la paz".

2. La llegada

A las 9:15 de la mañana aterrizó el avión papal en el aeropuerto Augusto César Sandino de Managua. El decorado del aeropuerto y el recibimiento en su conjunto eran excesivamente sobrios. Tanto por la cantidad de público como por el ambiente general, éste resultaba "pobre" comparándolo con el que se ofreció al Papa en otros aeropuertos centroamericanos en los que hubo concentraciones multitudinarias y alborozadas.

Había dos mantas que decían "Bienvenido a Nicaragua libre, la tierra de Sandino" y "Los jóvenes y los niños de Nicaragua queremos la paz". A las presencias protocolarias y a la de la conferencia episcopal, se había añadido una pequeña representación de madres de héroes y mártires —enlutadas— y de inválidos de guerra, en sillas de ruedas, al final de la fila de los diplomáticos. Los balcones del edificio del aeropuerto estaban llenos, pero tienen poca capacidad. El pueblo presente era de las "dos" tendencias eclesiales, pues claramente se oía dar vivas a Mons. Obando, antes y durante el saludo oficial del Papa. En el aeropuerto, como en el resto de los actos de la visita, ondearon siempre tres banderas: la de Nicaragua, la del Vaticano y la del Frente Sandinista. Era recio el viento y las banderas se unían. Todo un símbolo de la difícil conciliación de expresiones y proyectos. Desde el primer momento de su descenso del avión, a Juan Pablo II se le vio cansado, frío. Más exactamente, ajeno.



Incluso, con algunos atisbos de tensión contenida, tanto en el rostro como en los gestos.

El discurso de bienvenida del comandante Daniel Ortega, coordinador de la Junta de Gobierno, tuvo como tema central amplios párrafos —leídos literalmente— de la carta que en 1921 enviara el entonces obispo de León, Mons. Simeón Pereira y Castellón al cardenal norteamericano James Carl Simpson, en tiempos de la ocupación norteamericana de Nicaragua. En ella, el obispo nicaragüense denuncia la intervención de los Estados Unidos con frases de gran fuerza emotiva y retórica y solicita la solidaridad cristiana de los obispos estadounidenses para que ésta termine. "A 62 años de distancia —dijo Ortega al terminar la reseña epistolar— las palabras de Simeón Pereira y Castellón cobran vigencia, cuando esa misma política norteamericana no permite a este pueblo cerrar las heridas que ellos mismos le abrieron."

En el discurso de bienvenida hubo referencias a los 17 jóvenes sandinistas, asesinados el lunes de esa misma semana y que habían recibido honores populares antes de su entierro en la Pla-

za donde el Papa iba a celebrar la misa campal. Igualmente, se detallaron agresiones norteamericanas a Nicaragua, se hizo referencia a la situación de Centroamérica. También se refirió Ortega a El Salvador, donde "son los Estados Unidos los que intervienen cada vez más en defensa de una causa injusta y perdida." El Comandante reafirmó la "vocación de paz" del pueblo y gobierno de Nicaragua, ratificó ante el Papa la posición de principios sobre libertad religiosa expresada por el FSLN en su documento de octubre de 1980 y señaló de aquel texto el punto medular. "Nuestra experiencia nos demuestra que se puede ser creyente y a la vez revolucionario consecuente, y que no hay contradicción insalvable entre ambas cosas." El tema del conflicto al interior de la Iglesia había tenido, dos párrafos antes, esta única referencia: "Santo Padre, nuestra revolución ha sido atacada desde todos los ángulos imaginables y la confrontación política se ha manifestado en todos los terrenos".

El discurso de Ortega fue más largo de lo previsto para el acto y no fue solicitado previamente por la nunciatura, que pareció no estar interesada en tener noticia de su contenido. La larga cita de la carta del obispo de León en 1921, confundió: hizo creer a muchos que se trataba de palabras del propio Ortega dirigidas al Papa. La dureza de los párrafos seleccionados y la firmeza del tono parece haber molestado a algunos.

La respuesta del Papa al comandante Ortega fue más breve. Lo más significativo de ella fue lo dicho sobre la paz en el área: "En nombre de aquel que por amor dio su vida por la liberación y redención de todos los hombres, querría dar mi aporte para que cesen los sufrimientos de pueblos inocentes de esta área del mundo, para que acaben los conflictos sangrientos, el odio y las acusaciones estériles, dejando el espacio al genuino diálogo... Vengo también para lanzar una llamada de paz hacia quienes, dentro o fuera de esta área geográfica —dondequiera se hallen— favorecen de un modo o de otro tensiones ideológicas, económicas o militares que impiden el libre desarrollo de estos pueblos amantes de la paz, de la fraternidad y del verdadero progreso humano, espiritual, social, civil y democrático". El Papa recibió un nutrido aplauso.

La alusión del Papa —que repetiría nuevamente en su despedida— "a los millares y millares de nicaragüenses que no han hallado la posibilidad de acudir —como hubieran deseado— a los lugares de encuentro", con el correspondiente

detalle de quiénes eran esas personas (enfermos, niños, víctimas de las injusticias, quienes han sufrido a causa de la violencia, los que prestan servicio al bien de la nación...) resultó algo confusa, debido a que el tema de los que "no podían venir a ver al Papa" había sido constante durante la preparación del viaje como denuncia en boca de los voceros de la curia y del propio Mons. Obando.

En el aeropuerto, el hecho más destacado —tanto a nivel informativo como gestual— fue el saludo de Ernesto Cardenal al Papa. No resulta aún claro cómo fue la exacta secuencia del momento, pero sí se pudo apreciar claramente que Cardenal, quitándose su habitual boina negra se arrodilló ante el Papa, en un gesto de humildad, que el Papa le levantó los dedos en señal de amonestación, que Cardenal quiso besarle la mano y el Papa se la retiró y que el encuentro terminó con una nueva inclinación de Cardenal ante el pontífice.

El relato del acto del aeropuerto no puede obviar un gesto de grandísima importancia simbólica, que no registraron los periodistas ni tampoco enfocaron las cámaras de la televisión nicaragüense, aunque sí se relató en la cadena radial nacional. Cerca del avión papal quedaron, por un lado, los miembros de la Dirección Nacional del FSLN y por otro, algo alejados, los obispos. Antes de retirarse del aeropuerto, y por iniciativa del comandante Tomás Borge, los dos grupos se saludaron con abrazos y apretones de manos. El gesto fue aplaudido por el público presente.

3. En León

La visita del Papa a León tuvo dos momentos: un breve recorrido por la Catedral y un acto masivo en el Campus Médico de la Universidad.

El paso del Papa por la Catedral tuvo principalmente carácter de recogimiento y pausa. Dentro el templo, un grupo de enfermos y ancianos recibieron del Papa la bendición. El Papa resaltó que se alegraba, pues tenía allí "el primer encuentro, en un recinto sagrado con los católicos de Nicaragua". Al saludar a los sacerdotes y religiosos de León y de todo el país, les dijo: "Ya desde ahora les aseguro que comprendo sus dificultades". En la Catedral, el Papa rezó unos minutos ante el sagrario.

Al salir del templo, un conjunto de chicheos tocaron para el Papa la canción distintiva de la ciudad: "¡Viva León, jodido!" Al Papa se le vio en los actos de León con mayor distensión.

En helicóptero se trasladó al Campus Médico de la Universidad, en donde le esperaban 100,000 personas, predominantemente campesinos, para la celebración de la Palabra. El fuerte calor de León —siempre más intenso que el de Managua— hizo la espera muy agobiante para esta aglomeración humana. Y, ciertamente, había un ir y venir continuo de gente, que incluso abandonó el lugar de la reunión, apenas el Papa comenzó a hablar. La manta más grande que había en la concentración representaba al Papa junto a Mons. Romero.

El tema del discurso papal fue el del laicado y la educación, según lo previsto. Al comienzo de su alocución, el Papa hizo una referencia muy aplaudida: "Os saludo con gran afecto, en especial a las víctimas de la violencia —que frecuentemente se desata sobre vosotros— o de las catástrofes de la naturaleza". Al iniciar el desarrollo del tema explicó que "En el plan global de mi viaje a esta área geográfica, hablaré específicamente para los campesinos desde Panamá. Hoy me dirijo a las personas que en Nicaragua y en los otros países se dedican de un modo u otro a la educación de la fe..." Pero como la mayoría de los que le escuchaban eran campesinos, esto parece haber desalentado a algunos. Además, el tema educativo y especialmente lo difícil del lenguaje empleado por el Papa en esta ocasión, resultaban algo inadecuados para aquella particular concurrencia.

Al terminar su intervención dentro de la liturgia de la Palabra, el pontífice fue largamente aplaudido. La multitud coreaba la consigna "¡Juan Pablo Segundo, te quiere todo el mundo!", a lo que Su Santidad respondió en dos ocasiones: "¡Y Juan Pablo Segundo quiere a todo el mundo! ¡Especialmente a los educadores en la fe de Nicaragua!"

La participación de los fieles en la liturgia se hizo especialmente expresiva durante la oración de los fieles. La plegaria de una mujer pidiendo "por los jóvenes que han dado la vida y por el valor para perdonar a los que enlutan nuestros hogares..." arrancó aplausos. En esa oración —que la señora alargó después con palabras espontáneas y en desorden, que quedaron a medias— se expresó lo que después fue omisión notable en Managua. Gran parte del pueblo deseaba escuchar algo sobre lo que está ocurriendo en el país. Escucharlo de boca del Papa o de boca del pueblo expresándose delante de Su Santidad era lo que más se deseaba.

4. En el Centro César Augusto Silva

De León, el Papa se trasladó en helicóptero al Centro César Augusto Silva de Managua. Era pasado el mediodía. Allí iba a encontrarse con las autoridades: Junta de Gobierno y Dirección Nacional del FSLN. A la llegada, un conjunto folklórico le obsequió con un baile típico de Masaya: "El mate amargo". El Papa se detuvo muy poco a contemplarlo. En el Centro le dieron la bienvenida un grupo de madres de héroes y mártires, también enlutadas, que le hicieron entrega de una carta en la que le pedían su intercesión para lograr la paz en Nicaragua y el cese de las agresiones fronterizas. Junto a ellas, deshabilitados de guerra en sillas de ruedas y un grupo de niños de la Asociación de Niños Sandinistas, con pañuelos rojos al cuello. El centro estaba adornado con flores amarillas en forma de guirnaldas y coronas. Las flores también formaban un "Bienvenido Santo Padre". El Papa saludó a estos grupos con algo de frialdad.

Poco después tuvo un breve encuentro, no a puerta cerrada sino de pie, con representantes de los partidos políticos integrados en el Frente Patriótico de la Revolución —del que también forma parte el FSLN— y de los que conforman la Coordinadora Ramiro Sacasa, opositores al FSLN. Este encuentro no estaba anunciado en el programa y fue decidido a última hora por iniciativa de la Junta de Gobierno.

Al abandonar el Centro, el Papa y su séquito se trasladaron en el papamóvil descubierto hacia la nunciatura. En el trayecto, cientos de nicaragüenses —pero no en masa compacta, sino más bien formando cordones de seguridad— coreaban consignas religiosas y políticas.

5. La misa en la Plaza 19 de Julio de Managua

En la Plaza 19 de Julio se calcula que había entre 600 y 700,000 personas la tarde del 4 de marzo. Fue la concentración masiva más grande de la historia de Nicaragua y la segunda en importancia numérica del viaje centroamericano del Papa, sólo superada por la de la ciudad de Guatemala.

Esta plaza fue construida para la celebración del primer aniversario de la revolución, en 1980. De entonces data la tribuna, que fue remodelada en su parte delantera y central, según sugerencias de la comisión vaticana, para la visita del Papa. Detrás de la tribuna, y desde 1981, están colocados en la plaza tres gigantescas vallas.



En la central, los rostros del general Augusto César Sandino y de Carlos Fonseca Amador, fundador del FSLN con un lema: "A 20 años de lucha juramos vencer". A los lados, están los rostros de los 9 fundadores del FSLN, de los cuales sólo uno vive, el comandante Tomás Borge, presente en la tribuna ese día.

Estos símbolos sandinistas no se cambiaron para la misa del Papa. Según informaciones oficiales, el gobierno ofreció colocar una gran cruz en la tribuna, pero desistió de la idea al ver que la comisión vaticana la recibió con indiferencia. El único adorno de la plaza en homenaje al Papa y en expresión del sentir de un amplio sector del pueblo era una valla de 30 metros de largo por 6 de alto, colocada frente a la tribuna por la zona lateral izquierda de la plaza. Representaba al

pueblo de Nicaragua —niños, mujeres, viejos, milicianos, campesinos— llevando una gran manta en la que se lee: "Juan Pablo: Bienvenido a Nicaragua libre gracias a Dios y a la revolución". El pueblo lleva en andas una imagen de la Purísima, patrona de Nicaragua y de Santo Domingo, patrón de Managua. A los lados, completan el diseño paisajes primitivistas, típicos de la pictórica popular nicaragüense. El mural fue pintado en colectivo por cientos de cristianos de las comunidades eclesiales de Managua.

Desde tempranas horas de la mañana el pueblo comenzó a llenar la plaza. La movilización de los habitantes de Managua y de los departamentos hacia este lugar estaba perfectamente organizada desde una semana antes y se habían difundido en los periódicos mapas de los trayectos que debían recorrer tanto los buses preparados para el desplazamiento de los más alejados como las personas que debían llegar a pie. También las emisoras radiales de todo el país —en cadena nacional desde las 9 de la noche del día 3 de marzo y en función durante toda la noche— repetían continuamente las instrucciones para el más ordenado acceso a la plaza. Informaciones oficiales han dado cuenta que el gobierno invirtió la gasolina de 2 meses para dar transporte a toda la población que deseara acudir. Hay que destacar que el calor era ese día notable —casi 40°— y que por la misma organización de tan gigantesca movilización, muchos miles de personas caminaron y permanecieron por más de 8 horas al sol.

Muy temprano en la mañana un total de unas 40,000 personas —según cálculos oficiales— jefeadas por el sacerdote Bismarck Carballo, activista opositor al gobierno, se distribuyeron en lugares estratégicos a lo largo y ancho de la plaza e incluso ocuparon un estrado frente a la tribuna papal, que según se había informado al gobierno iba a ser ocupado por periodistas. El P. Carballo había anunciado tanto a la prensa internacional como al clero de Managua que estaba decidido a “tomar la plaza” pese a cualquier obstáculo. En la noche del 3 de marzo hubo incidentes entre los grupos de Carballo y la policía sandinista.

En la plaza se confundían las banderas y las mantas. Predominaban los mensajes de paz. Había una gran manta colocada muy adelante que decía: “Monseñor Romero nos señaló el sendero”. Otra, aún más grande, expresaba el saludo al Papa de las comunidades neocatecumenales. La presión de la multitud, apenas contenida por una valla de madera muy baja era tremenda.

Antes de que llegara a la plaza el equipo encargado de la transmisión del acto en cadena radial a todo el país, se produjeron en la plaza algunas tensiones. Desde los micrófonos centrales, un sacerdote estuvo coreando consignas de saludo al Papa y vivas a Mons. Obando. Como no puede afirmarse que en este apoyo al arzobispo de Managua hubiera unanimidad en la plaza, empezaron a surgir algunos conflictos en distintos sectores de la multitud. Igualmente se suscita-

ron roces porque el llamado “coro católico” quería que por los altavoces salieran las canciones religiosas tradicionales que ellos entonaban, mientras que los controlistas del sistema sandinista pasaban las canciones de la misa campesina nicaragüense, excluida de los cantos oficiales de la misa. Sin embargo, todos estos incidentes no pasaron de ser anecdóticos y prácticamente inevitables.

Es difícil decir cuánta gente había en la plaza de una tendencia o de otra. Lo que sí resulta absurdo decir es que “sólo los sandinistas pudieron llegar a la plaza”, cuando 700,000 personas son la cuarta parte de la población del país y la mitad de la población hábil para estar en un acto de esa naturaleza, por razones de edad o de salud. También se puede afirmar que la mayoría de la plaza no estaba “politizada” para el acto de la misa. La mayoría lo que quería era ver al Papa.

La unidad de todo el pueblo en torno al Papa y a su esperado mensaje tenía también su reflejo en la tribuna, en donde el Papa iba a celebrar la misa. Más de 200 sacerdotes —de todo el país y de todas las tendencias— estaban allí presentes.

A las 5, cuando empezaba a caer la tarde y una leve brisa refrescaba el ambiente, el Papa apareció ante la multitud. La casulla dorada brillaba con los rayos del atardecer. Con su báculo y su mitra desfiló entre vivas y ovaciones ante el pueblo y subió a la tribuna para comenzar la misa. Fue un momento de una intensa carga emotiva, tras tantas horas de espera. Decenas de palomas fueron soltadas y las banderas ondearon en manos del pueblo.

Comenzó la misa. La multitud respondía a las oraciones, cantaba y seguía la liturgia con todo respeto. Los textos elegidos para las lecturas fueron el de la torre de Babel (Génesis 11, 4-9), una llamada de San Pablo a la unidad (Efesios 4, 1-3) y el Evangelio del buen pastor (Juan 10, 1-16).

La homilía del Papa tenía como tema único la unidad de la Iglesia. Sólo en su primer párrafo hubo una referencia a la realidad de Nicaragua, que resultó lo más elogioso que sobre el país y su pueblo dijo el Papa en las horas nicaragüenses de su viaje: “(Nicaragua) tan probada, tan heroica ante las calamidades naturales que la han azotado; tan vigorosa y activa para responder a los desafíos de la historia y procurar edificar una sociedad a la medida de las necesidades materiales y de la dimensión trascendente del hombre”. El pueblo aplaudió.

A partir de este momento y a medida que se desarrollaba la homilía —más por el tono en que fue dicha que por las mismas palabras— comenzó a generarse en la plaza, y en un “crescendo” que merece la pena ser analizado, el tumulto que las agencias de prensa llamaron “irreverencia”, “irrespeto” “politización” o “manipulación”.

En primer lugar, hay que insistir en que el tumulto no lo originaron tanto los conceptos de la homilía del Papa —no comprensibles para la inmensa mayoría de los reunidos en la plaza— cuanto el énfasis que el pontífice hacía en algunas palabras, la actitud de adustez y de dureza que emanaba de su figura —especialmente cuando mandaba callar a la multitud en vez de establecer comunicación con ella— y, por encima de todo, las omisiones de su homilía. En este sentido, más que lo que dijo, fue lo que no dijo lo que está, fundamentalmente, en el origen del malestar. Y lo que no dijo causó aún más impacto en amplios sectores de la plaza por lo que se esperaba que dijera.

Hasta mediada la homilía, el pueblo, mayoritariamente, aplaudió al Papa, en los momentos en que él hizo las pausas apropiadas —costumbre habitual en su forma de dirigirse al pueblo—. También aplaudió en otros momentos, cuando se pronunciaban ciertas palabras (“obispos”, “magisterios paralelos”, “Iglesia popular”, etc.), arrastrada por aplausos que se generaban en distintos puntos de la plaza. Con esto queremos decir que si la situación emocional de la plaza puede ser bien definida, la captación de lo conceptual de la homilía no le era exactamente correspondiente, a no ser en algunos grupos. Y así, hubo personas que más tarde corearían consignas para interrumpir el discurso del Papa y que en toda la primera parte de la homilía le aplaudieron con entusiasmo “sin saber lo que estaba diciendo”.

El Papa habló de la unidad de la Iglesia, de “la triste herencia de la división entre los hombres”, de la misión de Jesucristo de “restablecer la unidad perdida”, de la Iglesia como la familia de Dios y de la unidad como don de Dios.

En un segundo momento de su discurso —el que aparece como central del mensaje que quería transmitir— pasó a analizar las amenazas que tiene esa unidad. Son los fragmentos más duros del texto, especialmente por el tono en el que fueron dichos.

Para analizar la génesis de esta situación inesperada nos fijaremos en un grupo concreto de los que asistía a la misa: 50 madres de héroes

y mártires caídos en la guerra de liberación contra Somoza o en la actual guerra fronteriza contra las bandas somocistas ubicadas en Honduras. Estas señoras estaban en la zona izquierda de la tribuna. Venían vestidas de luto y con la fotografía de sus hijos muertos en las manos. Algunas traían cuadros grandes con los retratos de ellos. Su expectativa era clara: el Papa iba a rezar por sus hijos, por todos los caídos en Nicaragua, y quizá también les iba a bendecir esas fotografías tan queridas. Después de seguir respetuosa y religiosamente la ceremonia y de aplaudir indiscriminadamente todo lo que el Papa iba diciendo, sobre un tema que ellas no comprendían con exactitud, algunas de estas mujeres comenzaron a comentar —primero entre ellas, después en voz más alta— que el Papa no estaba hablando de la paz y, según se había hecho ya a lo largo de toda la movilización, pasaron a corear, en algunas de las pausas que hacía el Papa en espera de aplausos, la consigna de la jornada, “¡Queremos la paz!”

No es fácil analizar el fenómeno que fue generándose. Agotar el análisis diciendo que “se politizó un acto religioso” o “se manipuló políticamente la situación” resulta simple. Fue grande la carga emotiva de la situación creada entre las mujeres: del “¡Queremos la paz!” a “¡Una oración por nuestros muertos!” y de una actitud de estar sentadas rezando pasan a otra de ponerse en pie con los retratos de los hijos en alto, para finalmente abandonar la zona de la tribuna en la que estaban ubicadas y salir a la calle hasta llegar ante la tribuna papal, sin dejar de alzar las fotografías de sus muertos. Si detallamos esta secuencia es porque aquí estuvieron en juego dos de los símbolos más fuertemente arraigados en la conciencia popular: la madre y los muertos, confrontados con el símbolo “sagrado” del Papa. La autoridad y la misericordia del Sumo Pontífice se vieron confrontados con estos símbolos nacionales, populares y también religiosos. Igualmente, para interpretar el sentido de consignas más políticas gritadas en mitad del acto, interrumpiendo al Papa —que llegó a alzar la voz cinco veces más para imponer “¡Silencio!”— consignas como “¡Poder popular!” o “¡No pasarán!””, hay que tener cuenta que aunque no fue apropiado sí fue explicable. Llegado un cierto momento, la asamblea perdió el sentido del acto que se estaba realizando, olvidó que además de concentración era una misa, y apeló en amplios sectores a expresarse con consignas habituales en los actos masivos que se ce-



lebran en el país. Hay que decir que también se coreaban consignas como "Monseñor Romero, ¡presente!", "¡Queremos una Iglesia al lado de los pobres!" y "¡Entre cristianismo y revolución no hay contradicción!". En un determinado momento, y por única vez, el Papa respondió al clamor popular de "¡Queremos la paz!". Se detuvo y en tono de gran firmeza dijo: "¡La primera que quiere la paz es la Iglesia!" Entre algunos sectores hubo alegría: el Papa iba a dialogar con el pueblo, se iba a comunicar con él. Pero a partir de entonces no hubo ya más comunicación. Lo que hubo fue un caos de sentimientos encontrados, del que cada asistente al acto tendría que dar razón.

El Papa continuaba su homilía, las consignas seguían llenando los aires, por los micrófonos de la transmisión radial y por los altavoces de la plaza, las voces de unos y otros se confundían. Ya era de noche y todos estaban profundamente cansados y tensos. Fue una situación no sólo lamentable sino incontrolable. Y fue incontrolable porque por su misma compleja dinámica sorprendió a todos.

La situación de confusión no sólo se dio en la plaza, entre la multitud. En la tribuna, entre los sacerdotes y miembros del gobierno, también se generó esta confusión. Tanto el gabinete como la Junta de Gobierno y la Dirección del FSLN, que aplaudían al Papa y seguían respetuosamente la ceremonia y que en los comienzos del tumulto pidieron silencio y compostura, terminaron coreando consignas. También se detectó malestar entre sectores de los sacerdotes al ir avanzando el discurso del Papa. Miembros de la delegación vaticana tomaron en cierto momento la decisión de suspender la misa. Juan Pablo II terminó la parte final de su homilía con prisa.

Terminó la homilía, pero no el tumulto. Más bien, en las oraciones de los fieles, después del Credo —que el Papa rezó solo—, se intensificó notablemente. En estas peticiones se hizo mención —como es habitual en la liturgia de la Iglesia— del Papa, los obispos, los sacerdotes. Un hombre, con voz balbuciente —genuina expresión de este pueblo recién alfabetizado— leyó una oración por los campesinos y obreros del país; en la oración por los jóvenes se hizo mención de la causa de la justicia... Todo esto hizo crecer las expectativas de las madres —que continuaban frente al Papa— y de gran parte de la plaza de que, por fin, habría una oración por los caídos, por los muertos. En otra petición se mencionó "a los que guardan prisión" (son los exguardias somocistas presos en las cárceles de Nicaragua). Esto exacerbó más los ánimos. La expectativa de una oración por los hijos muertos de aquellas madres enlutadas recibió como única respuesta el silencio. Esta omisión —inexplicable, pues hubiera bastado en aquellos momentos una oración del Papa, aun genérica, para tranquilizar a la plaza entera— ha sido tal vez una de las cosas que más ha afectado a toda Nicaragua. Resulta, mayoritariamente incomprensible, que el Papa no hubiera rezado por los difuntos, "cuando es eso lo que hacen los sacerdotes".

Después de estos distintos momentos de climax emocional, de contestación y expresión popular y de tensiones entre los distintos grupos de la plaza, hacia el final de la misa —después de la comunión— volvió una cierta calma, no sin carga emotiva, a la que ahora comenzaba a unirse un creciente sentimiento de estupor. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hemos hecho? ¿Qué va a hacer ahora? En una perplejidad indefinible, pero palpable volvía a unirse la plaza entera, a pesar de las diversas tendencias, ahora más polarizadas.

Fue como una gigantesca toma de conciencia colectiva. Y muy acelerada. Entre sectores más conscientes, el estupor se estaba traduciendo ya así: "Esto nunca lo hubiéramos esperado del Papa". Sectores de posición claramente opositora a la revolución se verían reflejados en expresiones como ésta: "Ahora se ha visto lo que hay aquí: los sandinistas hasta vulgarean al Papa". Prevaleció, sin embargo, la confusión.

El Papa se retiró de la plaza omitiendo todos esos gestos con los que estamos acostumbrados a verle concluir los actos multitudinarios que preside. Ningún saludo, ninguna sonrisa, ningún gesto, ninguna palabra que trajera paz y unidad a aquella "torre de Babel". Mientras abandonaba la tribuna, los acordes del himno del FSLN, coreado por miles de voces, lo acompañaron.

Aun sin perspectiva y sin capacidad de análisis de lo que había pasado, la multitud, ya entonces, tenía conciencia de que había sucedido algo gravísimo, importantísimo, "tremendo" —como se dice en Nicaragua.

6. El aeropuerto y la despedida

La despedida del Papa de Nicaragua, en la breve ceremonia protocolaria del aeropuerto estuvo caracterizada por la prisa y un nivel de inesperada emoción en el discurso que el comandante Daniel Ortega improvisó ante Su Santidad.

Por cuatro veces Ortega recordó al Papa que Nicaragua es un país "pequeño". Le dio también una primera explicación de lo que él había visto en la plaza momentos antes: "Cuando nuestro pueblo dice "¡Queremos la paz!" lo dice presionado por una situación de dolor, de llanto, de martirologio permanente. Nuestro pueblo es crucificado todos los días y demanda solidaridad, reclama solidaridad con toda justicia, con todo derecho. Cuando nuestro pueblo dice "¡Queremos la paz!" lo dice porque en este país tenemos

condiciones tan miserables que aquí luchar para poder comer todos los días es toda una enorme y gigantesca tarea, porque aquí luchar para que los niños no anden descalzos, para que los niños en lugar de trabajar vayan a la escuela, es toda una enorme y gigantesca tarea. Porque somos un país pobre, porque hemos sido un país explotado y seguimos siendo un país discriminado por el orden injusto económico internacional. Por eso, cuando nuestro pueblo pide la paz, la quiere para poder tener las posibilidades no de enriquecerse, ya que nosotros no queremos enriquecernos, sino que quiere llenar sus necesidades elementales de vida y de subsistencia. Cuando nuestro pueblo dice "¡Queremos la paz!" lo dice con la convicción de que a última hora es a este pueblo sufrido, a este pueblo heroico, a este pueblo combativo, a este pueblo cristiano de Nicaragua, al que le tocará defender con su sangre, con su vida, el derecho a tener una paz digna."

Las palabras de Daniel sonaron en un claro tono de dignidad dolorida. Con los ojos clavados en el suelo, el comandante no quería dejarse querer vencer por otro sentimiento que no fuera la esperanza, a pesar de todo. "Santidad, hoy que le despedimos de esta tierra de Nicaragua, le decimos que tenemos confianza en que la solidaridad cristiana sabrá manifestarse a favor de este sufrido pueblo. Muchas gracias".

Al discurso del coordinador de la Junta, el Papa respondió con un texto, preparado semanas antes, en el que se refirió nuevamente a "los que no pudieron asistir a los actos de Managua y de León "para demostrarnos su fe cristiana". Agradeció a todos la acogida y terminó diciendo: "Dios bendiga a esta Iglesia, Dios proteja a Nicaragua".

Después de los saludos a la Junta de Gobierno y de abrazos a los obispos, el Papa subió al avión, que dejó territorio nicaragüense a las 8.30 de la noche.

